

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

Junio de 1938

Núm. 156

Puntos de vista

Defensa de la cultura

COMIENZA ya a hacerse sentir en América Hispana un problema bastante serio para la cultura en su manifestación más prístina. Potencias europeas, cuyos regímenes de gobierno, no satisfacen a las repúblicas de este continente, tratan de imponer, aprovechando situaciones comerciales, direcciones determinadas en la valorización de los pensadores desafectos a aquellos regímenes. La imposición no tiene aún carácter de orden o de violencia. Pero valiéndose de formas protocolares, de razones de buena amistad se ha llegado hasta impedir la realización de actos públicos, por no ser ellos gratos al sentimiento de los gobiernos afectados.

Los impugnadores del imperialismo norteamericano, hace algunos años, expresaron en fórmulas concretas un mal que no alcanzó las proyecciones que se temían. Los negocios planeados por los «calibanes norteamericanos» de acuerdo con los «calibanes hispanoamericanos» para usar la feliz expresión de Waldo Frank, influyeron tan sólo en la economía de cada país. Grandes yacimientos mineros y colosales explotaciones de materias primas quedaron en muchos casos, en poder de los potentados del capital norteamericano o en manos de consorcios gigantescos, cuyo dominio se hacía sentir en forma categórica sobre la economía de los países afectados. Pero la cultura autóctona, de estirpe y sentimiento europeo, o la libertad para considerar las formas generales de la cultura, no sufrieron menoscabo alguno y continuaron en su desarrollo provocando de vez en cuando, en lo relacionado con la

servidumbre económica protestas más teóricas que efectivas entre las organizaciones intelectuales hispanoamericanas. Parece que a los norteamericanos, precisamente por su acendrado espíritu democrático, no les importaba mayormente la dirección que tuviera la cultura en los países en los cuales ellos mantenían concesiones de explotación de materias primas otorgadas por los gobiernos y parlamentos. Esto por lo menos ocurrió con algunos países, cuya formación política y social ha sido siempre mirada como de las más serias en Hispano América. El nuestro entre ellos. A los calibanes les interesaba sólo la mayor o menor cantidad de metales que brotaran de sus minas o la buena calidad del petróleo o la cifra total de cueros, lanas y azúcar que entraran al mercado de las transacciones.

Estaba reservado a los países europeos—a algunos de ellos— el privilegio de imponer determinaciones acerca de la bondad de los libros o de las ideas o de los actos culturales en los cuales se manifestaran ideas contrarias a las dominantes en aquellos países. Los autores perseguidos por aquellos gobiernos, por adversarios al régimen imperante, deberían serlo también en los pueblos que mantienen relaciones amistosas con ellos. Esta teoría, de ser convertida en práctica continua, llegaría a ser con el tiempo una manifestación clara y categórica de la inexistencia de los países hispanoamericanos, como entidades políticas o históricas. Es verdad que el conflicto ha sido planteado únicamente para los establecimientos dependientes del Estado. Ni bibliotecas, ni universidades fiscales, pueden acoger en sus tribunas, nada que signifique una simpatía por los hombres o ideas contrarios al régimen que domina en esos países. La amistad entre naciones y sus interdependencias de carácter económico, parecen autorizar también dependencias y criterios uniformados, para apreciar la parte vedada al comercio: el espíritu y las proyecciones de la cultura.

La cultura en su forma más amplia no ha menester de tales limitaciones. Ni es procedente, según nuestro criterio, que los gobiernos de otros países se mezclen en las cuestiones intelectuales. Ni las extremas derechas ni las extremas izquierdas, pueden in-

vocar razones de defensa contra posibles alteraciones de la amistad entre gobiernos, porque algunas instituciones culturales, barajan ideas contrarias a aquellos regímenes. Es ir demasiado lejos y es plantear la cuestión en un terreno limitado, que no hace sino irritar la conciencia de los hombres libres. Norteamérica, país poderoso si los hay, ha dado siempre, pese a las propagandas contrarias, un ejemplo magnífico de tolerancia y de respeto por la cultura. Las universidades de Hispano América han barajado en sus tribunas todo cuanto han querido acerca del imperialismo económico y acerca de la voracidad para con los países pequeños, de esa República llamada de materialistas, sin que nunca sus representantes hayan formado cuestión de las relaciones de gobierno a gobierno.

Las relaciones entre los pueblos han cambiado totalmente después de la barbarie de la guerra. Sólo los países democráticos, los países que conservan la línea de la tradición de la libertad, manifiestan su criterio de cultura, totalmente diverso al de otros pueblos que han modificado su régimen, y para los cuales toda idea contraria es un desafío o una crítica. La cultura se nutre de otros jugos y es soberana en su expansión y en su señorío espiritual. Pretender ajustarla a las limitaciones doctrinarias impuesta por un determinado sistema de gobierno, es empequeñecer su apostolado y su grandeza y es colocarla al nivel de un simple acto comercial. Contra esta teoría se rebela el hombre que no quiere ser encasillado, ni sometido a policía internacional. Se rebela con la misma angustia del prisionero que ha sido injustamente encadenado y puesto en la celda.

Sólo en ella, en la cultura amplia y libre es posible encontrar los dones superiores con los cuales el hombre deja de ser un miserable objeto lanzado al azar sobre el haz de la tierra. No obedece sino a las leyes de la armonía. No es fruto para ser embalado con destino a hombres determinados. Es el patrimonio general de la humanidad y lo mismo se produce en todos los cerebros, capaces de elaborarla y en todos los pueblos capaces de respirar el aire sagrado de la libertad.—D. M.